

RELACIONES LITERARIAS ENTRE PORTUGAL Y ESPAÑA 1890-1936: HACIA UN NUEVO PARADIGMA

Literary Connections between Portugal and Spain 1890-1936: towards a New Paradigm

Antonio SÁEZ DELGADO

Universidade de Évora - Centro de Estudos Comparatistas (FLUL)
asd@uevora.pt

Recibido: 16 de marzo de 2014; Aceptado: 15 de abril de 2014; Publicado: diciembre de 2014

BIBLID [0210-7287 (2014) 4; 25-45]

Ref. Bibl. ANTONIO SÁEZ DELGADO. RELACIONES LITERARIAS ENTRE PORTUGAL Y ESPAÑA 1890-1936: HACIA UN NUEVO PARADIGMA. *1616: Anuario de Literatura Comparada*, 4 (2014), 25-45

RESUMEN: El tópico de los «países de espaldas» también ha afectado al estudio de las relaciones literarias entre España y Portugal en la época moderna y contemporánea, ofreciendo tradicionalmente visiones amparadas exclusivamente en el paradigma de las literaturas nacionales y con una dificultad manifiesta por sentar las bases de una visión ibérica de las tendencias, movimientos y escuelas surgidas en la Península. Este artículo plantea un nuevo paradigma de acercamiento a esta problemática, fundamentado en la teoría del polisistema literario y en la necesidad de hacer dialogar a los diferentes actores de la «genealogía iberista» que, como Eugénio de Castro, Teixeira de Pascoaes, Miguel de Unamuno o Fernando Pessoa, tuvieron un papel protagonista en el diálogo literario ibérico establecido a ambos lados de la frontera.

Palabras clave: Estudios ibéricos, Literatura comparada, Literatura portuguesa, Literatura española, Modernismo, Vanguardia.

ABSTRACT: The topical image of «countries turning a blind eye to each other» has also affected the study of literary relationships between Spain and Portugal in the modern and contemporary periods, offering visions traditionally based on the paradigm of national literatures and with a marked difficulty to establish the foundations of an Iberian vision of the trends, movements and schools arising in the peninsula. This article lays out a new paradigm to approach this problem, grounded on a theory of the literary polysystem and on the need to make the different actors of the «Iberistic lineage», who, as Eugénio de Castro, Teixeira de Pascoaes, Miguel de Unamuno or Fernando Pessoa, had a leading role in the literary dialogue established on both sides of the border, engage in conversation.

Key words: Iberian studies, Comparative Literature, Portuguese Literature, Spanish Literature, Modernism, Avant-garde.

Hay tópicos que consiguen resistir la erosión del paso del tiempo con una fortaleza y persistencia sorprendentes. En el contexto de las relaciones culturales (o, si queremos, estrictamente literarias) entre Portugal y España, ese tópico incorruptible nos habla de dos países de espaldas, sin demasiado interés por el vecino ibérico de la puerta de al lado y con las miras puestas en otros espacios culturales (en otras literaturas) más lejanos. Esta idea, fundamentada con frecuencia en uno de los conceptos —el de «distancia»— más interesantes y, al mismo tiempo, fantasmagóricos que podamos encontrar a la hora de trazar las líneas transversales entre ambos territorios, ha sabido labrarse un porvenir imagológico incluso más potente, desde el punto de vista referencial y simbólico, que el construido, con tanto esfuerzo y empeño, por los numerosos autores que participaron en lo que podríamos llamar la «genealogía iberista» de los siglos XIX y XX. Una genealogía amplia, plural, heterogénea y diversificada como la propia modernidad en la que (con)vivían, con voces que hablaban de Iberia en singular y en plural al mismo tiempo, pero que alzaron un discurso (casi siempre individual, en detrimento de lo colectivo) en el que el diálogo entre los dos Estados ibéricos, o entre las diferentes naciones que conforman la península, cobra un papel protagonista como fuente y motivo esencial para la construcción de la identidad cultural de sus pueblos.

En esa «genealogía iberista», de la que forman parte —entre otros muchos— nombres tan dispares como Oliveira Martins, Fidelino de Figueiredo, Ramalho Ortigão, Antero de Quental, Teófilo Braga, António Sardinha, Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Ignasi Ribera i Rovira, Miguel de Unamuno, Teixeira de Pascoaes, José de Almada Negreiros, Fernando Pessoa o, más recientemente, José Saramago, en sus textos de raíz

iberista y en su voluntad inequívoca de diálogo, encontramos las bases sobre las que se construye el edificio de la aproximación peninsular que, tantas veces, a pesar de todo, no ha conseguido desechar para siempre la imagen de los mal avenidos vecinos ibéricos a ambos lados de la cicatriz de la frontera.

Podríamos caer en la tentación de pensar, y no sin cierta razón, que esta visión que ofrece como diagnóstico una relación escasa o difícil entre los agentes culturales de los dos países es en la época moderna y contemporánea el fruto de un análisis epidérmico, superficial, basado en un contagio excesivo del tópico aludido. Sin embargo, si profundizamos más, observaremos cómo no es difícil encontrar alusiones a esa «distancia» citada o al desinterés de unos y otros por sus compañeros de viaje ibérico incluso entre algunas de las voces más autorizadas. Así, en paralelo a la «genealogía iberista», o incluso dentro de ella, tampoco sería difícil construir una especie de «tradición de la distancia», de la que formarían parte aquellos autores y textos que, habiendo penetrado con mayor o menor profundidad en la esencia cultural del «otro ibérico», diagnostican con eficacia el vacío existente entre ambas realidades. Cuando confrontamos las opiniones de nombres fundamentales de las culturas portuguesa o española del siglo XX, como Luis Buñuel, cuando afirmaba que Portugal era «un país más alejado de nosotros que la India» (Buñuel 1983, 77), o el poeta Ruy Belo, que encontraba en el Madrid de los años setenta del siglo XX «uma das cidades do mundo mais distantes de Lisboa» (Belo 1984, 18), no podemos sino cuestionarnos la esencia de ese metafórico concepto de «distancia» tantas veces aludido y la huella que ha dejado, a lo largo del tiempo, en tantas generaciones de escritores de ambos países.

Desde esta perspectiva, que vuelve a las fuentes originales para preguntarse por el motivo (y, con más interés aún, por las consecuencias) de esta situación, será posible construir una nueva visión de las relaciones establecidas entre las literaturas y los escritores portugueses y españoles de la época moderna y contemporánea, con un pie en la consciencia del tópico de los hermanos de espaldas y con el otro en la certeza de la tradición iberista originada en este tiempo, pero siempre, en ambos casos, con la voluntad firme de ahondar en un complejo proceso de naturaleza cultural y social.

He defendido en otros textos (Sáez Delgado 2010, 2012) que el espacio temporal comprendido entre la llegada del Simbolismo a la península (producido con la publicación, en 1890, del poemario *Oaristos*, del poeta de Coímbra Eugénio de Castro) y el estallido de la Guerra Civil española (que casi coincide con la muerte en 1935 de Fernando Pessoa, probablemente el autor con una dimensión internacional mayor, hoy día, de cuantos

constituyeron aquel tiempo), con el consecuente giro estético e ideológico que provocó, constituye, además de uno de los momentos más apasionantes de la historia literaria en el contexto ibérico, un marco excepcional para aventurarnos en una visión más dinámica y activa del problema que encaramos, recurriendo a herramientas no solo propias de la historia de la literatura (desde una perspectiva nacional), sino de aquello que podríamos denominar, de una forma flexible, literatura comparada.

Se hace necesario, para conocer y evaluar la realidad de las relaciones establecidas entre las literaturas portuguesa y española en el marco temporal indicado, utilizar una metodología dinámica y múltiple, no basada únicamente en los compartimentos tantas veces aislados de las literaturas nacionales, pues si algo manifiesta nuestro objeto de estudio es, a pesar de la «distancia» mencionada, el casi constante flujo y reflujo de tendencias, estéticas y escritores a ambos lados de la frontera. Para alcanzar un dibujo fiel de esa realidad, para conseguir delinear los puntos de contacto entre las dos mayores literaturas peninsulares, será preciso partir de un concepto de sistema literario concebido no solo como aparato de producción, sino, en paralelo, como aparato de recepción, diálogo y asimilación o rechazo, hasta alcanzar un mapa único y plural que sea algo más que la suma de dos mapas nacionales paralelos.

Desde la llegada del Simbolismo a Portugal, en 1890, y la asunción del Modernismo (en su sentido estético) y la generación del 98 en España, hasta la eclosión del segundo Modernismo portugués (producida en 1927, alrededor de la revista de Coímbra *Presença*) y de la Generación del 27 española, el proceso de asentamiento de la cadena de la modernidad en la península ofrece un mosaico de movimientos, escuelas, generaciones y tendencias de una riqueza extraordinaria. Si trazamos en el abanico temporal descrito las líneas transversales fundamentales que nos permiten hacer una aproximación comparada a las dos literaturas, desde el punto de vista histórico, nos encontraremos con un recorrido que comenzaría, en efecto, con el Simbolismo portugués y con el Saudosismo defendido por el grupo reunido alrededor de la revista *A Águia*, de Oporto, en paralelo a los poetas modernistas españoles y a los escritores de la generación del 98, respectivamente. Entre unos y otros no es difícil encontrar puntos de contacto: simbolistas lusos y modernistas españoles compartieron la pasión por la poesía francesa del momento y el magisterio de Rubén Darío; los saudosistas y los hombres del 98 hicieron lo propio con una visión profunda de sus culturas fundamentada en la búsqueda del componente genuino nacional, mirando con lucidez y con algún evidente recelo las manifestaciones que (tantas veces de forma gratuita) se importaban del exterior.

Un paso más en el tiempo y nos encontraríamos, en el segundo lustro de la segunda década del siglo, con la aparición de la Vanguardia histórica en la Península, a través de la asimilación y producción de ismos hermanos o hijos de los nacidos en la Europa que conocía la Primera Guerra Mundial. En ese estadio debemos situar, por orden cronológico, el surgimiento del primer Modernismo portugués –de nuevo con una revista, la lisboeta *Orpheu*, publicada en 1915–, el Creacionismo traído a España por el poeta chileno Vicente Huidobro y el Ultraísmo español a partir de 1918, con revistas fundamentales, como la sevillano-madrileña *Grecia* o *Ultra*, órgano del movimiento en la capital del Estado. Los primeros modernistas portugueses y los vanguardistas españoles compartieron características comunes, como el hecho de protagonizar en la Península un intento de poner el reloj de sus literaturas a la hora de Europa o, en paralelo, el hecho de que el nacimiento de sus órganos de expresión estuviese trufado de la convivencia con poetas simbolistas y decadentistas (modernistas, en el caso español), como lo demuestran las aportaciones adscritas a estas tendencias en revistas como *Orpheu* o *Grecia*. Sin embargo, a pesar de todo ello, las diferencias existentes en este caso son más que manifiestas. Cualquier estudioso de las literaturas ibéricas sabe que existen desigualdades evidentes entre los escritores vinculados al primer Modernismo portugués y a la Vanguardia histórica española, y que esas diferencias vienen de la mano de la lectura que el canon de ambas literaturas nacionales ha realizado al efecto. Mientras en la literatura portuguesa, cuya renovación literaria fue «más temprana que ninguna otra en el ámbito ibérico» (De Torre 1965, 579), la figura de Fernando Pessoa (y las de autores como Mário de Sá-Carneiro o José de Almada Negreiros, en menor medida) constituye una de las cimas más importantes de toda la historia de su literatura y, por supuesto, el momento más alto del ciclo que describimos, por el lado español, los poetas vinculados al Ultraísmo han pasado a la historia de la literatura como un episodio con frecuencia marginal, como actores de reparto cuya finalidad –aun siendo importante y con frecuencia olvidada o minusvalorada– no fue otra, desde el punto de vista de la producción, que cumplir con un contenido programático que preparase el camino para la gran generación poética del ciclo, la del 27. Se hace necesario, una vez más, una revisión que no se base únicamente en un sistema productivo.

Por su parte, los poetas del 27 y los autores del segundo Modernismo portugués compartirán, además de una asombrosa sincronía fundacional, el interés por la crítica, la admiración por algunos escritores del primer momento modernista/vanguardista (Pessoa, en el caso portugués; Ramón Gómez de la Serna, en el español), convertidos en precedentes inmediatos, y una acertada aproximación a la tradición de sus literaturas nacionales,

sin desdeñar los momentos más altos de las mismas (con las figuras de Camões y Góngora en lugar destacado). Compartieron también la huella de dos revistas fuertes y consolidadas –*Presença* en Portugal y *La Gaceta Literaria* en España– y que, además, establecieron vínculos de conexión y colaboración estables hasta que la deriva ideológica de Ernesto Giménez Caballero y su afán imperialista por conseguir concentrar en Madrid el centro neurálgico del universo literario iberoamericano consiguieron que los escritores portugueses que habían colaborado en la publicación cerrasen filas en torno a su independencia ideológica y estética, abortando un proceso de colaboración y permeabilidad mutua que, poco tiempo después, fue arrasado por el estallido de la Guerra Civil.

Es posible, a pesar de este trazado histórico paralelo, abordar el estudio de las relaciones literarias entre los dos países en este espacio temporal no como una sucesión interrumpida de tres generaciones o escalones, sino como un *continuum* ibérico (Sáez Delgado 2007) de carácter heterogéneo, amplio y plural como la propia modernidad que representa, en el que los actores que participan (y Eugénio de Castro, admirado en España por modernistas, hombres del 98, vanguardistas y del 27, es el mejor ejemplo de ello) dejan una huella indeleble para varias generaciones, y en el que, sobre todo, existe un diálogo y un contagio de propuestas ideológicas y estéticas que convierte la Península Ibérica en un puzzle que podemos interpretar a la luz de un análisis global, sin cortes radicales desde el punto de vista cronológico ni segmentos aislados desde el punto de vista de las nacionalidades o las lenguas. Un mapa, por fin, dinámico y no estático, fluido y no fosilizado desde el punto de vista crítico, en el que conviven activamente escritores de primera dimensión desde el punto de vista de la producción con otros cuya suerte ante la historia de la literatura no ha sido la misma, pero que cumplen desde la perspectiva de la recepción un papel esencial, como mediadores culturales, en la asimilación de las propuestas venidas del otro lado de la frontera.

Esta perspectiva, más amplia e integradora, exigirá algunos giros conceptuales y metodológicos sobre los que debemos reflexionar, que nos permitirán, incluso, dotar a algunos fenómenos nacionales de una dimensión inédita que solo se alcanza a vislumbrar al ponerlos en diálogo con otros sistemas, siempre con el telón de fondo de la construcción del discurso de la identidad, acercándonos a nuestro objeto de estudio entendiéndolo como un polisistema literario constituido por «una red de elementos interdependientes en la cual el papel específico de cada elemento viene determinado por su relación frente a los demás» (Iglesias Santos 1999, 9). Pocos contextos literarios como el de las relaciones entre Portugal y España entre 1890 y 1936 nos permitirán obtener una visión

tan clara y útil y, a la vez, tan rica y variada de esa red de hegemonías y periferias ideológicas y estéticas.

Uno de los conceptos que más ha sufrido del monolitismo de una visión estrictamente nacional ha sido en España el de «Modernismo» como categoría periodológica, como defendía Juan Ramón Jiménez, puesto que una perspectiva tradicional del sistema literario, centrada exclusivamente en la producción y amparada en el método generacional, así como el hecho de relegar el término mencionado al ámbito de las categorías estéticas, han provocado la existencia de un modelo histórico para la literatura española de las primeras décadas del siglo XX sedimentado en segmentos demasiado pequeños y enfrentados los unos a los otros o desdibujados cronológicamente por el simple hecho de pertenecer a corrientes estéticas diferentes o irreconciliables. Esta lectura, probablemente demasiado parcelada y reductora, nos ha privado de la posibilidad de enfocar los diversos fenómenos literarios que se producían en la Península Ibérica desde una posición más plural y, a la vez, integradora, con una visión simultánea y no solo lineal de los movimientos generados alrededor de aquello que Paz (1991) definió como «tradición de la ruptura» y basada en los mismos conceptos de multiplicidad y heterogeneidad que ha revisitado, más recientemente, Nil Santiáñez (2002, 65) al proponernos la realización de un «corte transversal en el instante» de la modernidad.

Aunque ya Menéndez Pidal advirtiera, en el prólogo a la *Historia general de las literaturas hispánicas* de Díaz-Plaja, del peligro del aislamiento secular que sufría el estudio de la literatura nacional española, afirmando que «lo que aún más hace perder el interés al estudio de la literatura española en el concierto de las demás es el historizarla sin relacionarla debidamente con los hechos de las literaturas extranjeras» (Menéndez Pidal 1949, XLIII), el mismo esquema de estudio se ha repetido durante décadas, reproduciendo con demasiada frecuencia el sistema de enfrentamiento en bandos opuestos, sin diálogo posible, entre aquellos autores que estaban a favor o en contra de abrir las puertas de la literatura nacional al contacto con otras foráneas (Torrecilla 1996; 2006). Esta circunstancia ha privado a la historia de la literatura española, en este caso, no solo de una visión más amplia y comparada en su propio contexto geográfico (la que incluiría, por ejemplo, el diálogo con otras posibles «literaturas también españolas», como la gallega, la catalana o la vasca), sino también de la posibilidad de integrarse en un sistema múltiple, el ibérico, que presenta características especialmente atractivas para su aproximación.

En efecto, la riqueza lingüística y cultural ha sido tristemente olvidada en una perspectiva historiográfica nacional que concedía un lugar de privilegio, en el contexto peninsular, a la literatura española (en castellano)

sobre las restantes literaturas ibéricas, tantas veces consideradas periféricas (incluso la portuguesa, en más de una ocasión), con respecto al centralismo español, circunstancia favorecida por el aislacionismo mencionado y por la dificultad manifiesta en la historiografía española por abordar el periodo que nos ocupa, especialmente significativo en su voluntad aperturista, como un *continuum* con segmentos superpuestos y no con cortes radicales.

Este panorama que definimos, marcado a hierro por la pluralidad (y la dificultad) inherente al concepto de «literatura española», añade un nuevo marco de reflexión y de riqueza a nuestra propuesta. Si a la problematización implícita en el término «nacional» (Guillén 1998, 299), con las evidentes connotaciones ideológicas (Valdés 2004, 15-17) que presenta en el contexto español, añadimos el hecho fundamental de que, como afirma Claudio Guillén (2005, 333) en uno de sus textos fundacionales, «los componentes fundamentales de la historiografía literaria, es decir, las unidades extensas, como los periodos, las corrientes, las escuelas o los movimientos [...] no suelen reducirse a ámbitos nacionales», encontramos las bases imprescindibles para proponer la necesidad de ofrecer un marco metodológico con el que acercarnos no solo a la literatura española, sino, en pie de igualdad, al diálogo desarrollado por las diferentes literaturas ibéricas a principios del siglo XX y, en el caso que nos ocupa, de forma muy especial, al diálogo representado por las literaturas portuguesa y española del periodo.

A través de esta perspectiva, una vez más, estaremos en condiciones de entender las literaturas ibéricas del Modernismo y la Vanguardia como un campo plural y múltiple de relaciones en un contexto especialmente rico y propicio para ello, apoyándonos siempre en la noción del polisistema literario propuesto por Even-Zohar y en una visión transnacional de las literaturas peninsulares, siguiendo la estela de los recientes trabajos de Resina (2009), Abuíñ González y Tarrío Varela (2004) y Cabo Aseguinolaza, Abuíñ González y Domínguez (2010).

En el contexto luso-español, esta perspectiva plural y complementaria nos facilitará el cambio de un sistema único o monolítico (o, mejor, de la simple suma de varios de ellos, sin conexión posible) a un polisistema dinámico y en constante transformación, con estructuras múltiples y variables que se construyen y reconstruyen a lo largo del tiempo, muchas veces sobre la base de un ejercicio de oposiciones estéticas internas, donde convivirían activamente «modernos», «antimodernos» –en la lúcida acepción concedida al término por Compagnon (2007), recientemente aplicada a la literatura española de la época por Mainer (2010), y que sin dificultad podríamos ampliar también al contexto de la literatura portuguesa– y destructores de la modernidad. Esta metodología, además, nos permitirá no

solo situar en el mismo tablero de juego tendencias demasiadas veces consideradas irreconciliables –sin tener en cuenta que eran hijas de la misma época y fruto de una misma tensión histórica–, sino, además, otorgar a las unidades más débiles y frágiles de nuestras historias literarias (como en el caso, ya mencionado, del Ultraísmo) un espacio teórico importante fundamentado no tanto en su capacidad de producción, sino en la de recepción, contando con la aportación de los mediadores culturales que participaron del proceso, y de forma muy significativa con los traductores.

Adentrándonos en el objeto concreto de nuestro análisis, podremos concluir que poner en diálogo abierto, con una perspectiva amplia, a todos los agentes que participan de forma activa en el diálogo literario peninsular en el periodo 1890-1936 supone crear una especie de red de contactos internacionales que, además de resultar muy esclarecedora a la hora de acercarnos al concepto de «distancia» mencionado al empezar estas páginas, nos permite iluminar y, tal vez, reconsiderar el papel que las literaturas nacionales han concedido, a la luz del canon, a determinados autores, movimientos, escuelas o generaciones en el ámbito de su propia historiografía nacional. Como hemos anticipado, el paralelismo cronológico (y también, en buena medida, estético) existente entre las literaturas española y portuguesa no significa en absoluto que el destino de los frutos obtenidos, tanto desde el punto de vista de la producción como desde el de la recepción, haya sido el mismo en el periodo descrito, donde el concepto de literatura hegemónica atraviesa la frontera de las nacionalidades si lo aplicamos desde una perspectiva estrictamente ibérica. Como ya hemos anunciado, el segmento más importante del *continuum* descrito en la literatura portuguesa será el vinculado al primer Modernismo, que coincide exactamente con el momento menos trascendental (desde el punto de vista de la producción y el canon) de la literatura española: el del Ultraísmo y la Vanguardia histórica, en cierto modo encajonado en las historias de la literatura de corte tradicional entre los grandes nombres del 98 y los poetas-críticos de la generación del 27.

Esta primera circunstancia propicia que las literaturas española y portuguesa encajen sus piezas como un puzle perfecto en cuanto a la hegemonía de sus frutos en el polisistema ibérico, originando un proceso de continuidad aplicable a un canon hegemónico pero dinámico que transitaría de un lado a otro de la frontera, y que nos obliga a prestar una mayor atención, en paralelo, a la recepción, y a poner de relieve otros elementos menores del proceso, cuya actuación, si menos brillante, fue realmente trascendental para que se produjeran los momentos productivos más destacados, preparando y abonando el terreno del sistema literario a través de un activo trabajo de recepción, asimilación y, por qué no, también de rechazo de literaturas llegadas de otros puntos de la Península o de fuera de ella.

De acuerdo con estos principios, no solo podremos poner en diálogo activo, como se ha hecho en visiones más tradicionales (Vázquez Cuesta 1988; Molina 1990), a Fernando Pessoa con los poetas de la generación del 27, tomando como interlocutores a los protagonistas de los puntos productivos más altos del *continuum* en el género poético, basándose en la que se consideraba fecha de la primera publicación de Pessoa en España (en el *Almanaque de las artes y las letras para 1928*, coordinado por Gabriel García Maroto), sino que también será posible, y muy esclarecedor, trazar las líneas de la estricta contemporaneidad cronológica existentes entre Pessoa, convertido en paradigma definitivo de este proceso, y los poetas del Ultraísmo español, con los que compartió algunos proyectos y gracias a los cuales consiguió ver, en 1923 y no en 1928, sus primeros textos publicados (y traducidos) en España (Sáez Delgado 1999). Esta visión, que hace dialogar un paradigma más productivo con otro más receptivo, nos ofrece, en paralelo a la anterior, la posibilidad de encontrar una visión más poliforme y amplia del problema al que aludíamos al referirnos al tópico de las culturas de espaldas, y amplía el campo de posibilidades de estudio hasta un estadio que, en definitiva, creemos que nos aproxima con mayor fidelidad a los hechos verdaderamente ocurridos alrededor de esta «nueva genealogía iberista» conformada también por los receptores y asimiladores de poéticas y literaturas de más allá de la frontera.

Probablemente el ejemplo más significativo en cuanto a las conclusiones que podemos extraer con esta nueva perspectiva lo encontramos en el caso del poeta simbolista portugués Eugénio de Castro, como anunciábamos al principio de este texto. En su experiencia podremos ejemplificar cómo una visión ibérica de su literatura, que conjugue producción con recepción en el campo de juego peninsular, nos ayudará a obtener una visión del poeta de Coímbra mucho más rica y de acuerdo con el importantísimo papel que su obra cumplió en las primeras décadas del siglo XX en el ámbito ibérico (y no solo), a pesar de que hoy su figura esté relegada en el canon literario portugués y su nombre silenciado como una figura estrictamente de época.

Eugénio de Castro fue, en efecto, el poeta portugués más admirado y divulgado en España en toda la primera mitad del siglo XX, y solo la irrupción de Fernando Pessoa en la segunda hace que no lo sea de todo el siglo. Su Simbolismo, que arranca en libros como *Oaristos* (1890) y *Horas* (1891), lo sitúa como una de las cabezas visibles del movimiento a escala internacional, llegando a ser un nombre común entre los jóvenes poetas españoles del momento. Sin embargo, y haciendo caso al tópico de la «distancia», la poesía de Castro tuvo que atravesar un amplio peregrinaje hasta llegar a España, puesto que su obra no llegó, como podría suponerse, a cruzar

directamente la frontera, sino que lo hizo a través de Hispanoamérica y gracias a las traducciones que el italiano Vittorio Pica realizó de sus poemas, que alcanzaron notoriedad entre nombres fundamentales de las letras americanas, como Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Samuel López o Luis Berisso (Fein 1958; García Morejón 1971; Henríquez Ureña 1978; Lourenço 2005; Sáez Delgado 2008).

Fue Darío, como no podía ser de otra forma, quien dio el espaldarazo definitivo a la poesía del portugués en el contexto iberoamericano cuando se refiere a él, en una conferencia pronunciada en Buenos Aires en 1896 y recogida en las páginas de *Los raros*, como «el admirable lírico que había de representar, el primero, a la raza ibérica, en el movimiento intelectual contemporáneo» (Darío 1999, 272-273). En ese mismo texto, el autor de *Azul* ofrece su diagnóstico sobre la realidad ibérica del momento, contraponiendo la potencia productora portuguesa (se refiere, claro está, a la poesía) y su visión cosmopolita al ostracismo que dominaba, en su opinión, en la literatura española. El interés de sus palabras bien merece la amplitud de la cita:

Señores: Mientras nuestra amada y desgraciada madre patria, España, parece sufrir la hostilidad de una suerte enemiga, encerrada en la muralla de su tradición, aislada de su propio carácter, sin que penetre en ella la oleada de la evolución mental de estos últimos tiempos, el vecino reino fraternal manifiesta una súbita energía; el alma portuguesa llama la atención del mundo, la patria portuguesa encuentra en el extranjero lenguas que la celebran y la levantan, la sangre de Lusitania florece en armoniosas flores de arte y de vida: nosotros, latinos, hispanoamericanos, debemos mirar con orgullo las manifestaciones vitales de ese Publio y sentir como propias las victorias que consigue en honor de nuestra raza (Darío 1999, 275).

La pasión con la que acoge Darío la poesía del simbolista Castro acabará por extenderse a las revistas e imprentas españolas, y su nombre pasa, en paralelo al del novelista Eça de Queirós, a ser el más considerado de las letras portuguesas entre los lectores españoles. Sus textos o noticias sobre su autor (incluyendo la conferencia que pronunció, en 1922, en la Residencia de Estudiantes y algunas lecturas públicas que completaron ese viaje) aparecieron en revistas y semanarios como *ABC*, *El Sol*, *El Liberal*, *La Vanguardia*, *España* o *La Nación* de Buenos Aires, al tiempo que sus poemas poblaban las páginas de casi todas las revistas trascendentales tanto del Modernismo español como del incipiente vanguardismo: *Renacimiento Latino*, *Revista Latina*, *Prometeo*, *Los Quijotes*, *Cervantes*, *Grecia*...

Las traducciones de sus obras no se hicieron esperar, como es el caso de *Salomé* (trad. de José María Riaza, 1912; trad. de Francisco Villaespesa, 1914), *Constanza* (traducción de Francisco Maldonado, con prólogo

de Miguel de Unamuno, 1913), *El rey Galaor* (trad. de González Olmedilla, 1913), *Salomé y otros poemas* (trad. de Viallespesa, con prólogo de Rubén Darío, 1914), *El hijo pródigo* (trad. de González Olmedilla, 1914), *La sombra del cuadrante* (trad. de González Olmedilla, tal vez de 1916) o, incluso, el primer volumen, en una edición primorosa, de las *Obras de Eugénio de Castro*, emprendidas por la editorial Castilla con traducción, una vez más, de González Olmedilla. Aún más, sus poemas aparecieron en las páginas de las más prestigiosas antologías y colectáneas de la época siempre en lugar destacado, contando con prestigiosos mediadores en la totalidad del espacio peninsular, como *Del cercado ajeno* (1907) de Enrique Díez-Canedo, *Atlántiques* (1913) de Ignasi de Ribera i Rovira (que también lo traducirá al catalán en *Solitaris*, 1918, y esbozará una biografía del poeta en *Portugal Literari*, 1912), *Las cien mejores poesías líricas de la lengua portuguesa* (1918) de Fernando Maristany –la única antología de poesía portuguesa donde el lugar de privilegio le es arrebatado por Teixeira de Pascoaes– o *Eugénio de Castro: Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas* (1922?), con traducciones de Andrés González-Blanco, Maristany y Olmedilla.

Así, el nombre de Eugénio de Castro representará en este panorama una tendencia estética que atraviesa sus fronteras y llega a consolidarse, incluso con más fuerza que en su propio país, en el espacio hispanoamericano y español. La pasión de Darío rápidamente contagia a algunos de los jóvenes modernistas del momento, entre los que destacará, no solo como traductor, sino también como mediador cultural, Francisco Villaespesa, que confiesa en una carta al de Coímbra que lo considera «el primero de todos los poetas peninsulares» (Castro 2007, 149), llegando a solicitarle, en agosto de 1902, su ayuda para emprender una cruzada modernista en la Península: «Es preciso que Vd. nos ayude con todas sus fuerzas en esta cruzada de Arte, en este llamamiento a la juventud de ambos países» (Castro 2007, 150).

Castro fue capaz de conciliar alrededor de su obra el interés de Rubén Darío, como hemos visto, y el de Miguel de Unamuno, enamorado de las virtudes de *Constança*, cuya traducción española prologó. En ese cruce de caminos entre la poesía modernista y cosmopolita del nicaragüense y la reflexiva y metafísica del rector salmantino encontramos, como bien sabemos, uno de los puntos de partida posibles para los rumbos definitivos de la poesía española contemporánea, y por ello resulta extraordinariamente interesante encontrar la figura de Eugénio de Castro en ese lugar exacto. En *Constança* observa Unamuno aquello que tanto trabajo le costó a veces vislumbrar en la poesía española de su tiempo, la conjugación entre lo genuino nacional y lo universal, como afirma en carta al portugués de febrero de 1903: «*Constanza* me parece más universal y mundial por ser más

portugués» (Castro 2007, 183). De hecho, ese será el libro elegido por el bilbaíno para abrir los artículos de su libro *Por tierras de Portugal y de España* (1911), en el que sitúa, de alguna manera, la poesía de Castro por encima de la de sus epígonos españoles, con los que no simpatizó en exceso.

La huella del Simbolismo de Castro en la literatura española fue, efectivamente, amplia y profunda, y no se circunscribe al círculo de sus hermanos estéticos, sino que pervive –al menos– durante las tres primeras décadas del siglo XX como una presencia viva y fehaciente, convirtiéndose en un ejemplo inequívoco del *continuum* referido y de la necesidad de acercarnos a la literatura de la edad de plata (o del Modernismo, en su sentido periodológico) como un todo segmentado que funciona como un sistema de vasos comunicantes. Si hablábamos de tres segmentos esenciales en el periodo descrito, la obra de Castro es la única de la poesía portuguesa del momento que atraviesa los tres estadios, no solo como importación estética recibida de más allá de la frontera, sino como presencia de autoridad entre escritores de distinta especie.

Es el caso de tres escritores españoles nacidos en la década de 1890, justo cuando el poeta de Coímbra empezaba su exitosa andadura editorial: Rogelio Buendía, César González-Ruano y Mauricio Bacarisse. El primero de ellos, el andaluz Buendía, uno de los corresponsales españoles de Fernando Pessoa (Sáez Delgado 2000) y su primer traductor, publicó en 1920 un interesante libro de viajes titulado *Lusitania. Viaje por un país romántico*, justo cuando su autor vivía su momento de aterrizaje en el Ultraísmo, sin haber abandonado aún sus principios modernistas. En esas páginas narra su primer encuentro con el poeta admirado en una Coímbra en la que hablan de literatura española y de literatura portuguesa, y que no son sino un pretexto para que el autor de *La rueda de color* exprese su admiración por el simbolista luso.

El segundo caso mencionado es el del periodista y poeta César González-Ruano, que también visitará al portugués en su ciudad y le hará una interesante entrevista que publica en *Un español en Portugal* (1928), volumen en el que ofrece su visión sobre el Portugal del momento con una atención siempre especial hacia sus escritores. En la entrevista mencionada, Castro declara su admiración por Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala, Ramón de Valle-Inclán, Eugénio d'Ors y Pedro Salinas –sin mencionar, curiosamente, el nombre de Unamuno–, al tiempo que responde al español sobre su vinculación con el movimiento modernista, en unas páginas sumamente interesantes para alcanzar a comprender la visión que el de Coímbra tuvo de su importante papel en el conjunto de la poesía ibérica.

El tercer caso es el de Mauricio Bacarisse, que publica en 1931 la novela *Los terribles amores de Agliberto y Celedonia*, en la que la pareja de

protagonistas visita, en una ciudad sin nombre que responde a todas luces a la geografía urbana de Coímbra, al «gran poeta parnasiano», que no es otro que Eugénio de Castro. En esa visita, los tres personajes dialogan sobre literatura (destacando, de nuevo, la referencia de la admiración del poeta parnasiano por la poesía de Juan Ramón) y añaden un nuevo elemento de reflexión a esta cadena de puntos de encuentro entre el portugués y los escritores españoles.

Es posible, de esta forma, siguiendo el rastro de Eugénio de Castro en España, conceder una nueva interpretación al papel que el poeta desempeñó en el contexto de las literaturas ibéricas del momento, mucho más amplio y efectivo, en su caso concreto, que el que vivió en su propio país. El Simbolismo que representaba no era nuevo, en efecto, y bebía de las mismas fuentes de la poesía francesa que lo hacían los simbolistas hispanoamericanos. Sin embargo, su obra fue recepcionada y asimilada como si acogiese en sí misma la característica idónea para su éxito: ser cosmopolita, pero de un cosmopolitismo (o de un extranjerismo, si lo preferimos) próximo a España, con lo cual se acercaría también, visto de otro modo, a la opinión que Unamuno manifestó sobre su libro preferido del portugués: universal y genuino al mismo tiempo.

Si Castro funcionó en el polisistema ibérico como transmisor de una tendencia internacional, como un puente próximo para acceder (y comprender) a otras realidades estéticas, el caso de Teixeira de Pascoaes, reunido con Castro alrededor de la devoción confesada de Miguel de Unamuno, es también especialmente significativo. Su obra fue, tras la del autor de *Oaristos* y junto a la de Guerra Junqueiro, la más divulgada y aceptada de la poesía portuguesa en España en las primeras décadas del siglo XX. De Pascoaes tradujo Fernando Maristany, el poeta catalán (que escribía en castellano) convertido en su mayor valedor, *Regreso al paraíso* (1922?) y el tomo correspondiente al poeta en la colección de la editorial Cervantes *Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas*, mientras que Valentín de Pedro hizo lo propio con *Tierra prometida* (1920) y Ramón Martínez López con *San Pablo* (1934), que contó con un prólogo de Unamuno.

Aunque su fortuna editorial fue menor que la de Eugénio de Castro, el caso de Pascoaes nos sirve para explicar cómo una corriente ideológica y estética (el Saudosismo proclamado por el filósofo Leonardo Coimbra y llevado a la poesía por Pascoaes) de raíces rigurosamente portuguesas y profundamente nacionalista (Cameirão 2010) crecería hasta sobrepasar el ámbito de sus propias fronteras nacionales o, mejor aún, sería reclamada como común en su esencia filosófica y espiritual por escritores de otros espacios, de otras literaturas ibéricas, con Cataluña y Galicia en lugares destacados.

Su propuesta estética fue, como anunciamos, recibida de forma muy positiva especialmente en Cataluña, donde el poeta de Amarante contó con numerosos amigos y con mediadores de lujo, con Ignasi Ribera i Rovira, Eugeni d'Ors y Fernando Maristany a la cabeza. De hecho, Xenius invita a Pascoaes a pronunciar en Barcelona una serie de conferencias sobre literatura y cultura portuguesas en 1918, reunidas después en el libro titulado *Os poetas lusiadas*. Esta visita marca un punto de inflexión importante, que estrecha también los lazos existentes entre sus amigos catalanes (entre los que también contó a Maseras, Picó o Mirabent) y el círculo de la revista *A Águia*, marcando de forma persistente (así como hizo también en Galicia) la importancia de la periferia literaria ibérica en relación a la hegemonía de la literatura en castellano.

Pascoes, que llega a afirmar que la saudade es portuguesa al mismo tiempo que gallega y catalana, será tratado de manera triunfal por sus amigos en las páginas de *Las cien mejores poesías líricas de la lengua portuguesa*, antología elaborada y traducida por Maristany, donde nuestro poeta ocupa el lugar de privilegio entre todos sus contemporáneos. En el prólogo de ese libro, una pequeña joya de orfebrería luso-catalana, Ribera i Rovira subraya las bases de la proximidad entre los saudosistas y los poetas catalanes de su propia tendencia, que intentaban huir de la pirotecnia verbal de cierto Modernismo español –Ribera i Rovira (1918, 13) llega a referirse a las «locas corrientes de extranjerismo»– para consolidarse en una propuesta estética asentada en un pensamiento filosófico y con una profunda huella trascendente o espiritual –en un sentido amplio del término–, como la defendida por Pascoaes, y lo hace Ribera i Rovira con palabras firmes: «La *saudade* portuguesa es la *añoranza* catalana, que el alma española se ha incorporado bellamente» (Ribeira i Rovira 1918, 11). Es más, tanta fue su aceptación en Cataluña y Galicia que el hecho no fue ajeno a algunos autores atentos de la literatura española (en castellano), como es el caso de Andrés González-Blanco, quien en 1917 reivindica la esencia genuinamente ibérica del sentimiento saudosista y, por tanto, la pertinencia a escala peninsular de la propuesta del portugués:

[...] el saudosismo originario de la fusión de los elementos arios y de los elementos semitas, no es exclusivo de Portugal y conviene a todos los pueblos ibéricos. La *saudade* es de hecho, como palabra, una creación lusitana; mas el sentimiento que informa esa palabra es patrimonio de todos los pueblos de Iberia donde han encarnado las dos fuertes razas arias y semíticas (González-Blanco 1917, 396).

Todos estos hechos propiciaron, además, que el autor de *Tierra prohibida* visitase Madrid, pronunciando, como hiciera Castro, una conferencia

en la Residencia de Estudiantes en 1923 (también haría lo propio Leonardo Coímbra, poco antes), de título realmente significativo y explícito: «Dom Quixote e a Saudade». Poco antes, en 1919, Pascoaes había prologado el libro de poemas de Fernando Maristany *En el azul*, y en 1921 Valentín de Pedro dedicaba al poeta luso un artículo titulado «El moderno pensamiento lusitano» en las páginas de la revista *Cosmópolis*. Es decir, existió un nutrido conjunto de escritores españoles que creyó, incluso en los años ultraístas, ver en el pensamiento y el ideario estético de Pascoaes una fórmula posible, un lugar habitable en el escenario de la lírica ibérica del momento, y reclamaron la ampliación de su propuesta a la totalidad del escenario peninsular. En este caso, al contrario de lo sucedido con Eugénio de Castro, la propuesta de Pascoaes y Coimbra que pretendían adoptar los poetas mencionados era genuinamente nacional, es decir, propia y nacida en el espacio ibérico, y no importada de más allá de la piel de toro. Estamos, por tanto, ante una tendencia puramente ibérica, portuguesa en su esencia (y consecuencias) como producción, que se activa como proceso de recepción en el resto de la Península, en mayor o menor medida, hasta proclamarse, en algunos casos, la necesidad de su extensión como elemento de producción a las diferentes literaturas peninsulares.

Un caso también muy interesante, precisamente por su diferencia con los anteriores y por añadir un elemento más a la heterogeneidad del mosaico que intentamos describir, es el de Fernando Pessoa y sus aproximaciones ibéricas. El autor de los heterónimos se convierte en un ejemplo perfecto de un escritor erosionado por el tópico que abría estas reflexiones, pero sobre el que aún faltan bastantes páginas por escribir en torno a su pensamiento ibérico. Más allá de los contactos que estableció con los escritores españoles de su tiempo (Sáez Delgado 2011), entre los que destacan Miguel de Unamuno y los ultraístas Adriano del Valle, Rogelio Buendía e Isaac del Vando-Villar, así como del esporádico encuentro con el bohemio Iván de Nogales, más allá incluso de sus proyectos para traducir *El estudiante de Salamanca* de Espronceda a inglés (a través del heterónimo Alexander Search) o de los pocos textos que publicó en nuestro país durante su vida, Fernando Pessoa dedicó una extensa serie de textos a reflexionar sobre el significado de Iberia y sobre la función de cada uno de sus elementos (Pessoa 2012, traducción española en 2013), integrándose en una «genealogía iberista» que casi nunca venía contando con él.

Conviene dedicar un momento a pensar la relación de Pessoa con Unamuno, una relación, por lo demás, inexistente si partimos de la premisa básica de que para establecer una relación son necesarios dos interlocutores. Unamuno no fue nunca interlocutor de Fernando Pessoa, no parece existir ningún rastro que haga sospechar que el rector salmantino dedicase

una parte de su tiempo a leer algún texto de Pessoa o a escribirle una carta. Sin embargo, Pessoa sí lo hizo. En 1915 le envió, en nombre de la revista *Orpheu*, una conocida carta (Marcos de Dios 1978, 36-38) que el español desdeñó, por cuanto contenía de provocación vanguardista y de proclama de autosuficiencia intelectual y estética. Este hecho no debió, sin duda, gustarle a Pessoa, que alrededor de 1931 escribe un interesante texto en inglés (Pessoa 2012, 104-105) en el que polemiza con el escritor español sobre la conveniencia de usar una u otra lengua (Unamuno proponía el castellano; Pessoa, irónico, el inglés) como herramienta literaria para sumar lectores en la plural España.

Este hecho parece demostrar que Pessoa buscó el amparo intelectual (como también lo había hecho, entre 1913 y 1914, Mário de Sá-Carneiro) de Unamuno, de quien poseía y se conserva aún en su biblioteca *Por tierras de Portugal y de España*, y a quien a buen seguro habría leído en las páginas de la revista saudosista *A Águia*, donde había publicado su soneto «Portugal» (en el n.º 5, de 1911), manifestando un interés nacionalista compartido con Pessoa, con el referente compartido de Guerra Junqueiro. Es decir, es más que probable que el autor de los heterónimos conociera la orientación estética de Unamuno (que dedica en el libro mencionado pasajes fervorosos a Eugénio de Castro y a Teixeira de Pascoaes) antes de enviarle *Orpheu*, a pesar de lo cual buscó al rector salmantino como posible mediador de su obra en España, sin importarle el hecho de que perteneciese a otro momento generacional con inquietudes bien diferentes.

No lo consiguió, como es bien sabido, y tuvo que encontrar esa mediación, unos años más tarde, en los jóvenes ultraístas mencionados, que se convirtieron efectivamente (Adriano del Valle y Rogelio Buendía) en sus introductores en España, a través de los pobres medios con los que contaban. Así, asistimos a un efecto de sincronía de intereses entre estos ultraístas españoles (interesados por ver sus obras en Portugal) y Pessoa, quien, a pesar de todo, no consiguió más que publicar unos poemas en el periódico de Huelva *La provincia* y un fragmento de una carta traducida en el diario de Sevilla *La Unión*. Poco bagaje, sin duda, para un escritor del potencial de Pessoa, cuya recepción en España habría sido evidentemente otra si hubiera contado, en 1915, con un mediador más importante en el sistema español, como hubiera sido el caso de Unamuno o como podría haberlo sido Ramón Gómez de la Serna, que relata en las páginas de *Pombo* (1918) cómo se cruzó con Pessoa en una tertulia lisboeta, citando su nombre, sin más (y de forma incorrecta: Fernando «de» Pessoa) entre un nutrido grupo de escritores portugueses.

La suerte de Pessoa en su relación con España fue, por tanto, esquiva, y su sombra acabó por pasar casi desapercibida hasta los años cuarenta,

cuando comienza la recuperación de su figura en los dos países. Por eso, precisamente por el silencio al que estuvo sometido su nombre en España y por la poca relevancia histórica de los contactos establecidos en los años veinte (a pesar de que sirvieran para situar, desde nuestra perspectiva, la verdadera sincronía de sus contemporáneos españoles), es realmente destacable que Pessoa escribiera tantos fragmentos dedicados a la situación de Iberia, y que bien pudieron contar con el significativo título de «Introducción a un imperialismo futuro». Con esas páginas, aún más fascinantes cuando comprendemos la escasa y parcial información que tenía el poeta sobre España (los libros en español conservados en su biblioteca rondan únicamente las dos decenas), su voz se alza en el centro del discurso identitario peninsular, ofreciendo una perspectiva federal o confederal de plena actualidad, fundamentada en la primacía de un imperio, el ibérico, basado en la cultura y no en la política, en el sentido, podríamos decir, más contemporáneo del término. Solo del diálogo y la confrontación del ideal ibérico de Pessoa con el de Pascoaes y otros escritores del momento, por mucho que sus ideas resulten opuestas en muchos aspectos, podremos llegar a comprender, una vez más, la multiplicidad del proceso que abordamos, incluso desde un punto de vista, el ideológico, enteramente sustancial en el periodo que nos ocupa.

Hemos citado el nombre de Ramón Gómez de la Serna, y no conviene cerrar este rápido repaso sin referirnos a la importancia que la propuesta de sus greguerías tuvo en Portugal, hasta hacer del polifacético escritor español el nombre más conocido y divulgado de la nueva literatura en castellano en el país de Camões. Es bien sabido que Ramón vivió junto a Colombine en Portugal, construyéndose una casa en Estoril a principios de los años veinte, y también que varias de sus obras reproducen ambientes y escenarios portugueses: *La Quinta de Palmyra* (muy especialmente), *El novelista* o *Falsas novelas*, por ejemplo. Sin embargo, en el caso de Ramón, su relación con el sistema literario portugués fue de ida y vuelta, puesto que su propuesta greguerística, como anunciábamos, fue ampliamente conocida en Portugal (publicó en las páginas de la revista *Contemporânea*, entre otras) y divulgada y seguida por algunos escritores, entre los que cabe destacar, de forma muy especial, a António Ferro, el que fuera amigo de Fernando Pessoa, cuyos libros *Teoria da Indiferença* (1920) y *Leviana* (cuya segunda edición, de 1929, venía prologada por Ramón) construyen un asombroso diálogo de cercanía con las greguerías ramonianas, habiendo declarado su autor su pasión por el género propuesto por el español. Curiosamente el caso de la greguería, que tal vez tuvo más seguidores en el extranjero que en España, se convierte en el único elemento estético que la literatura portuguesa importó de la española, creando un reflejo en

dirección opuesta a los flujos generados por las propuestas de Castro o Pascoaes.

Sea como fuere, el periodo descrito funciona con unas líneas de fuerza que gravitan en varias direcciones, alternando los centros de hegemonía y periferia de forma sorprendente y no siempre coincidente con el potencial concedido a priori a las literaturas más grandes de la Península. Se impone, en alternativa, un sistema múltiple y dinámico, de vasos comunicantes, que transforma nuestro objeto de estudio en un polisistema en cuya vitalidad tuvieron una gran responsabilidad no solo los grandes nombres traídos a estas páginas, sino, en paralelo, un buen puñado de autores de ambos lados de la frontera, transformados en mediadores y empeñados en que se acortase la «distancia» existente entre los dos sistemas literarios más amplios de la Península, tantas veces contruidos de forma hermética o con las puertas abiertas a las importaciones venidas de más allá de los Pirineos o del Atlántico.

Por eso, precisamente, se hace necesario, exactamente para ser fieles al espíritu de la época y al componente ético de la propuesta vital y estética de la modernidad, basar los nuevos estudios sobre las relaciones entre las diferentes literaturas ibéricas de las primeras décadas del siglo XX en un sistema plural y en permanente diálogo, abierto a las múltiples lecturas y posibilidades que ofrecen los numerosos caminos y herramientas que tenemos hoy a nuestro alcance. El código genético de la modernidad, del Modernismo y la Vanguardia, es la multiplicidad, la heterogeneidad, la pluralidad. Exactamente las mismas características que definen el mosaico cultural de la península Ibérica, convertida en un excelente contexto geocultural para la aplicación de esta perspectiva que busca sus respuestas más allá de la rigidez de conceptos nacionales o lingüísticos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABUÍN GONZÁLEZ, Anxo y Anxo TARRÍO VARELA (eds.). *Bases metodolóxicas para unha historia comparada das literaturas da península ibérica*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2004.
- ÁLVAREZ, Eloísa y Antonio SÁEZ DELGADO (eds.). *Eugénio de Castro y la cultura hispánica (Epistolario 1877-1943)*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2007.
- BELO, Ruy. «Explicação que o autor houve por indispensável antepor a esta segunda edição». En *Aquele Grande Rio Éufrates. Obra Poética*. Lisboa: Editorial Presença, 1984, vol. 1, pp. 11-18.
- BUÑUEL, Luis. *Mi último suspiro*. Barcelona, Plaza&Janés, 1983.

- CABO ASEGUINOLAZA, Fernando, Anxo ABUÍN GONZÁLEZ y César DOMÍNGUEZ (eds.). *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula*. Ámsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 2010, vol. 1.
- CAMEIRÃO, Lurdes. *Teixeira de Pascoaes e Espanha*. Lisboa: Assírio & Alvim, 2010.
- COMPAGNON, Antoinette. *Los antimodernos*. Barcelona: Acontilado, 2007.
- DARÍO, Rubén. *Los raros*. Prólogo de Juan Ramón Jiménez y epílogo de Antonio Machado. Zaragoza: Libros del Innombrable, 1999.
- DE TORRE, Guillermo. *Historia de las literaturas de vanguardia*. Madrid: Guadarrama, 1965.
- FEIN, John M. «Eugénio de Castro and the introduction of Modernismo to Spain». *PMLA*, 1958, 73, 5, pp. 556-561.
- GARCÍA MOREJÓN, Julio. *Unamuno y Portugal*. Madrid: Gredos, 1971.
- GONZÁLEZ-BLANCO, Andrés. «Teixeira de Pascoaes y el saudosismo». *Estudio*, 1917, 57, pp. 391-414.
- GUILLÉN, Claudio. *Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*. Barcelona: Tusquets, 1998.
- GUILLÉN, Claudio. *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (ayer y hoy)*. Barcelona: Tusquets, 2005.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Max. *Breve historia del modernismo*. México: FCE, 1978.
- LOURENÇO, António Apolinário. «Simbolismo português - Modernismo espanhol: aproximações preliminares». En *Estudos de Literatura Comparada Luso-espanhola*. Coimbra: Centro de Literatura Portuguesa, 2005, pp. 93-105.
- MAINER, José-Carlos. *Historia de la literatura española. Vol. 6. Modernidad y nacionalismo 1900-1939*. Barcelona: Crítica, 2010.
- MARCOS DE DIOS, Ángel. «Carta inédita de Fernando Pessoa a Miguel de Unamuno». *Colóquio/Letras*, 1978, 45, pp. 36-38.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. «Prólogo». En DÍAZ-PLAJA, Guillermo. *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona: Barna, 1949.
- MOLINA, César Antonio. «Pessoa y España». *Anthropos*, 1987, 74/75, pp. 47-59.
- PAZ, Octavio. *Los hijos del limo. Obras completas*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1991, vol. 1.
- PESSOA, Fernando. *Iberia. Introdução a um imperialismo futuro*. Eds. Jerónimo Pizarro y Pablo Javier Pérez López; postfacio de Humerto Brito y Antonio Sáez Delgado. Lisboa: Ática, 2012.
- PESSOA, Fernando. *Ibéria. Introducción a un imperialismo futuro*. Trad., intro. y notas de António Sáez Delgado; nota filológica de Jerónimo Pizarro; epílogos de Humberto Brito y Pablo Javier Pérez López. Valencia: Pre-Textos, 2013.
- RESINA, Joan Ramón. *Del hispanismo a los estudios ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultural*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- RIBERA I ROVIRA, Ignasi. «Prólogo». En MARISTANY, Fernando. *Las cien mejores poesías líricas de la lengua portuguesa*. Valencia: Cervantes, 1918, pp. 5-18.
- SÁEZ DELGADO, Antonio. «Inscriptions. Rogelio Buendía, primer traductor de Fernando Pessoa en España». *Ínsula*, 1999, 635, pp. 3-4.

- SÁEZ DELGADO, Antonio. *Órficos y ultraístas. Portugal y España en el diálogo de las primeras vanguardias literarias (1915-1925)*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2000.
- SÁEZ DELGADO, Antonio. «La edad de oro, la época de plata y el esplendor del bronce. El continuum de la modernidad y la vanguardia (1901-1935)». En MAGALHÃES, Gabriel (ed.). *RELIPES. Relações linguísticas e literárias entre Portugal e Espanha desde o início do século XIX até à actualidade*. Salamanca: Celya-Universidade da Beira Interior, 2007, pp. 125-170.
- SÁEZ DELGADO, Antonio. «Eugénio de Castro y el modernismo hispánico». En *Espíritus contemporáneos. Relaciones literarias luso-españolas entre el modernismo y la vanguardia*. Sevilla: Renacimiento, 2008, pp. 13-35.
- SÁEZ DELGADO, Antonio. «Suroeste: el universo literario de un tiempo total en la Península Ibérica (1890-1936)». En SÁEZ DELGADO, Antonio y Luís Manuel GASPAR (eds.). *Suroeste. Relaciones literarias y artísticas entre Portugal y España (1890-1936)*. Badajoz: SECC/MEIAC, 2010, vol. I, pp. 29-43.
- SÁEZ DELGADO, Antonio. *Fernando Pessoa e Espanha*. Évora: Licorne, 2011.
- SÁEZ DELGADO, Antonio. *Nuevos espíritus contemporáneos*. Sevilla: Renacimiento, 2012.
- SANTIÁÑEZ, Nil. *Modernidad, historia de la literatura y modernismos*. Barcelona: Crítica, 2002.
- TORRECILLA, Jesús. *La imitación colectiva. Modernidad vs. autenticidad en la literatura española*. Madrid: Gredos, 1996.
- TORRECILLA, Jesús. *La actualidad de la generación del 98 (algunas reflexiones sobre el concepto de moderno)*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2006.
- VALDÉS, Mario J. «A modo de introducción. Cómo se hace una historia literaria comparada: algunas observaciones teóricas». En ABUÍN GONZÁLEZ, Anxo y Anxo TARRIO VARELA (eds.). *Bases metodológicas para unha historia comparada das literaturas da península ibérica*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2004, pp. 11-20.
- VÁZQUEZ CUESTA, Pilar. «Pessoa y la Generación del 27». *República de las Letras*, 1988, 21, pp. 105-116.